

9690

El
Rojano.

EL RIOJANO

Ensayo dramático en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FLORENCIO BELLO SANJUÁN

Estrenado con gran éxito en el Teatro Principal de Logroño
la noche del 25 de enero de 1898.



LOGROÑO:

Imprenta y Librería de los Hijos de Merino.

76 - PORTALES - 76

PERSONAJES.

ACTORES.

Juana	Sra. CIRERA (D. ^a Julia)
Julia	« Echevarría.
Esteban (El Riojano).	Sr. GONZÁLEZ (D. José)
Arturo.	» Mercé.
D. Andrés.	» Aguado.

La acción en Logroño.—Escena contemporánea.—
Derecha é izquierda las del actor.

—‡‡‡ ADVERTENCIA ‡‡‡—

El personaje Esteban no es el baturro, el jornalero inculto; es el hijo de una familia *labradora*, de alguna instrucción, tipo que abunda mucho en Logroño, lugar donde las escenas se desarrollan.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática y Teatro Cómico de los SRES. ARREGUI Y ARUEJ, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Representa la escena la plazoleta del jardín de la quinta de D. Andrés, en Logroño. A la derecha, un hotel estilo francés con una escalinata de tres ó cuatro gradas que da acceso á la puerta principal. Adornando la escalera dos hileras de macetas. A la izquierda, grupo de árboles con un claro en el centro suficiente para semejar un sendero. En segundo término, una verja corrida cercando la quinta. Por detrás de la verja se supone que hay una carretera, ó calle de las afueras de la población. En la plazoleta, algunas macetas, algunos arbustos, colocados *ad hoc*. A la derecha y cerca de la escalera, un veladorcito y tres ó cuatro sillas. En la parte media de la verja una puerta. Empieza la acción al anochecer y continúa en las primeras horas de la noche.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, D. ANDRÉS Y ARTURO.

D. ANDRÉS. No comprendo vuestra manía. ¡Siempre en casa!..... Que fuera yo quien tal hiciera tendría su explicación. Viejo, sin incentivos que puedan arrastrarme al bullicio de la vida, sin más aspiraciones que á conservar el calor que me prodiga esta (Julia) con sus mimos y arrullos de niña enamorada..... pero

vosotros, y este, (Arturo) sobre todo.... vamos, que no lo entiendo.

JULIA. En lo que á mi se refiere tu mismo acabas de darte la explicación. ¿Cómo habían de realizarse tus aspiraciones si yo me marchara de casa y te dejara sola? Mi papel, no muy halagüeño por cierto, se reduce á estar contigo para tenerte contento. Creo que si te quejas es por que quieres, no porque tengas motivos.

ANDRÉS. Pero si no me quejo, mujer, de mi suerte: me conduelo de la vuestra. Veo que os aburrís, y eso es todo.

ARTURO. Lo mejor, tío del alma, es que no se preocupe de tonterías. Yo puedo asegurarle que no pierdo el tiempo, y en casa, entiéndalo bien, en casa es donde tengo mis distracciones. Si fuera pudiera divertirme creo que no me habían de ser necesarias sus amonestaciones. Digo, dejando á un lado ciertas aventurillas que hemos corrido juntos, me parece que algo voy gozando de esta vida y no ha sido usted quien ha debido de inducirme á procurarme esos placeres.

ANDRÉS. Muy conformes, señores, muy conformes. Sois libres completamente. No creo que tengais ni uno ni otro que arrojarme á la cara inculpación alguna de coacción..... Y bien creo que pudiera alguna vez permitirme el lujo de imponer alguna exigencia.

ARTURO. ¿Va usted, tío, á recordarme lo mucho que le debo?

ANDRÉS. Bueno es en ocasiones refrescar las ideas.

ARTURO. Mire usted, tío: no recordemos historias, porque hay *gente ajena* á la familia, y no está bien descubrir asuntos que deben ser un secreto.

- JULIA. «La gente ajena» seré yo.
- ARTURO. Así lo creo ínterin mi tío no se resuelva á darte el casto nombre de esposa (con ironía).
- JULIA. Me parece poco caballeroso ofenderá una mujer por el mero hecho de serlo (Arturo se encoge de hombros). No, si no es que me impresionen esos arranques de desconsideración y menosprecio. No estás tú tan limpio que puedas creerte invulnerable á los insultos. En esta vida, hijo, hasta los trapos más limpios van al fin á la colada. Y tú, ten esto presente, tú hace ya unos días que vas camino del río. ¡Ten cuidado no te ahogues!
- (Váse riendo por la puerta del hotel).

ESCENA SEGUNDA.

D. ANDRÉS y ARTURO.

- D. ANDRÉS. (celebrando la frase de Julia) ¡Ja ja ja! ¡Qué ocurrencias tiene esa chica!
- ARTURO. (con despecho) Sí, es muy graciosa. Sobre todo á mí me hace muy feliz.
- ANDRÉS. ¿Sí?
- ARTURO. Sí, Es muy bonito que una mujerzuela impúdica, sin más adornos personales, aparte de su belleza física, que el lodo infamante de donde usted la sacó, ó de donde la sacó otro; porque aún siendo esto un descargo para la conciencia, ni de eso puede usted jactarse; que una mujer de esa clase, digo, venga á imponer en esta casa sus caprichos por leyes y pretenda, erijirse en dueña absoluta y soberana del domicilio. Bien entendido, que yo me excluyo de ese dominio vergonzoso. La casa es de usted y en ella puede mandar á su

antojo; pero lo que es en mí, pretender desviar mi voluntad del camino que yo la imprimo, ó se imprime ella, que no estoy fuerte en cuestiones metafísicas, esto, tío, esto no lo consigue esa mujer ni aun delegándola usted todos sus derechos.

ANDRÉS. Que afán el tuyo, sobrino, en querer hacer de esa chica el emblema del despotismo. ¡Pero si es una malva inofensiva, y como un perro de obediente!

ARTURO. ¡No sea usted cándido, tío! Estoy casi convencido de que á cierta edad la razón es un estorbo, y no puedo menos de admirarme al ver como esa que llaman madre de la ciencia desaparece tan pronto habiendo costado tantos años adquirirla. Escúcheme con calma, tío, y procure desposeerse [de la pasión que le ciega! Es ridículo, ¿verdad? que yo tenga que hacerle á usted reflexiones!... Contésteme. ¿Usted cree que esa mujer le ama?

ANDRÉS. ¡Como! ¿Acaso tu dudas....?

ARTURO. Yo, nó.

ANDRÉS. ¿Entonces?

ARTURO. Yo no dudo: si dudara no intentaría hablar de esta cuestión. Tengo la evidencia de que esa mujer no le quiere.

ANDRÉS. ¡Arturo!

ARTURO. ¡Calma, tío, calma! Para que esa mujer le quisiera, sería necesario que saliese hoy al mercado á vender su corazón; que encontrara quien se lo comprase, y que luego la Providencia le colocara otro nuevo en el pecho. Y aun así, tío, la Providencia habla de darle corazón joven y de mujer; y estos corazones buscan por instinto el calor de la carne si la pasión les anima, ó el fuego de los

suspiros, si han nacido para el amor; pero no buscan su propia congelación junto al frío de las canas ó el hielo de la vejez.

ANDRÉS.

¡Tu quieres volverme loco!

ARTURO.

No, yo quiero desengañarle.

ANDRÉS.

(Exaltado) ¡Querrás hacerme creer que están desprovistos de cariño los halagos incesantes que me propina! ¡que no hay amor en sus caricias, ni ternura en sus cuidados?... Calla, calla, joven descreído y calavera. Pensáis los que no habéis encontrado aún constancia y seguridad femeniles que todas las mujeres son lo mismo, y os dejais arrastrar por vuestro excepticismo como el barquichuelo de papel por la corriente. Bien claro te lo ha dicho Julia: «Tú caminas hacia el río: ¡Ten cuidado no te ahogues!»

ARTURO.

¿Sabe usted que no me hace maldita la gracia la frasecita esa? Y no porque usted la repita; sino porque la dice sin saber el encono que Julia ha puesto en ella al proferirla. Julia, para que acabe usted de convencerse, me ha requerido muchas veces y otras tantas la he despreciado por respetos á usted y porque hay en Logroño, en esta misma casa, otra mujer que vale cien veces más que ella.

ANDRÉS.

¡A ti! ¡Requerirte á ti Julia! ¡Despreciarla tu!..... ¡Embustero!

ARTURO.

Tiene usted confianza para más, tío; pero á pesar de su apóstrofe, lo que he dicho es cierto. Y esta y no otra es la causa de que Julia me odie con toda su alma, y ese y no otro es el fundamento de esa frasecita que suele decir con tono profético. «¡Ten cuidado no te ahogues!» Bien se yo que la frasecita esa encierra una amenaza; pero hoy por hoy

me río yo de sus amenazas. Todavía no tiene donde morder.

ANDRÉS. Yo sabré hasta qué punto es verdad todo eso (intentando marcharse).

ARTURO. No lo sabrá usted, tío. Ejerce en usted mucha influencia esa mujer, y además es de las que lavan sus pecados con el agua del llanto. (Váse Don Andrés al hotel.)

ESCENA TERCERA.

ARTURO, (solo).

ARTURO. (Se sienta) ¡Julia! Sabe más gramática parda de la que le parece á mi tío. Y es claro, desarrollada su inteligencia al calor del vicio, aprendió mucho más de lo necesario para engañar á mi tío con las mismas seducciones de que sin duda se valieron otros para engañar á ella. Si por algo la temo es por eso. Julia no ha visto más que maldad y no será buena nunca.

ESCENA CUARTA.

ARTURO Y JUANA (que sale con un cestillo de ropa apoyado en la cintura al escuchar la jota de una rondalla que tocará frente á la verja. El cantador de la rondalla dirà la siguiente copla):

Tienen las riojanitas
dos tesoros muy preciados:
mucho nobleza en el alma,
y el corazón en la mano.

(Váse la rondalla tocando hasta que desaparece)

ARTURO. ¡Bonita jota, Juanita!

- JUANA. (Dejándose caer el cestillo de las manos) ¡El señorito!
- ARTURO. Vamos mujer, no hay por qué sonrojarse. Conmigo ya sabes que puedes tener confianza (La coje de una mano y la conduce á un lado del proscenio, cerca de un arbusto) Oye ¿qué me contestas á lo que te dije anoche?
- JUANA. (Con timidez) Nada.
- ARTURO. ¿Has reflexionado bien?
- JUANA. Sí.
- ARTURO. Pues eso es lo que quiero, que me digas el resultado de tus reflexiones. Yo creo que habrás pesado bien las palabras que te dije y estarás decidida á seguirme.
- JUANA. ¿Y mi novio?
- ARTURO. ¿Tu novio?... Ese se queda aquí.
- JUANA. ¿Y si lo sabe?
- ARTURO. ¡Cómo ha de saberlo, mujer!
- JUANA. No me atrevo. ¡Esteban me quiere mucho!
- ARTURO. ¿Y tú?
- JUANA. Yo también le quiero y por eso no me atrevo á dejarle.
- ARTURO. Pero escúchame, mujer. ¿Que Esteban y tú os queréis?... Conforme: no he de ser yo quien quiera romper esos lazos de cariño, por que el cariño no se hace desaparecer tan facilmente; pero dime: ¿Vacilarías tú entre lanzarte á una vida ya que no de miseria, de escasez y trabajos por lo menos, ó vivir por el contrario rodeada de lujo y comodidades, sin tener que pensar en el mañana, ni acordarte de que tienes una familia que necesita de tus cuidados siempre molestos, ni de que tienes hijos que, allá, en el invierno cuando las calles están llenas de nieve, y por faltar el jornal en casa, carecen

de zapatos y van quebrando el hielo del pavimento con sus piecitos desnudos..... Y aunque esto no te convenciera..... ¿Puedes tú dudar en la elección tratándose de mí y de un hombre rudo y hasta grosero que las mismas peripecias del matrimonio habían de hacerle insensible, como á la mayor parte de esa gente, y que no había de detenerse en lastimar tu cuerpo delicado con golpes brutales?... Piensa ahora en mí; elegante, bien educado, mimoso con la mujer querida, dispuesto á satisfacer el último de sus caprichos..... El, la rudeza, el trabajo, la escasez..... Yo, la dulzura, la molicie, la abundancia..... El te brinda en copa de cristal el veneno de la vida..... Yo en copa de oro el nectar sabroso de la existencia..... Con él, sierva..... esclava..... Conmigo, reina..... señora..... ¡Juanita!..... ¿qué me dices? (Juana se cubre el rostro con las manos y solloza sin contestar). Vamos, no quiero verte llorar. (La abraza el talle y con la otra mano retira del rostro de Juana las suyas). Juanita, contéstame algo. ¿No ves como sufro de impaciencia?

JUANA.

¿Y la honra?

(JULIA de puntillas atraviesa la escena y se interna entre el grupo de árboles).

ARTURO.

¿Pero tú crees que hemos de vivir aquí? No, mujer: dejaremos á Logroño esta misma noche, si te decides. Iremos á Madrid, allí donde nadie te conoce, y donde no se da importancia ninguna á lo que estos pueblos tanto miran. Allí, lo que te propongo es muy corriente, y lo mismo pasea en carretela la esposa fiel al lado del marido, que el hombre enamorado al lado de su amante. En Madrid no se

preocupa nadie de la vida de otro. Yo te aseguro que al nido que fabriquemos no han de llegar voces que nos molesten.

JUANA. ¿Y mi novio? ¿sospechará alguna cosa?

ARTURO. No tiene motivos. Esta noche cuando venga le dices que te vas á tu pueblo unos días y asunto concluído.

JUANA. ¿Y está lejos Madrid? ¿No podría ir allá Esteban?

ARTURO. Si, Madrid está lejos, y lo natural es que no vaya allí Esteban. Y aunque fuera... ¿tú crees que había de atreverse á hablar con una princesa?

JUANA. (Como si empezara á convencerse.) ¡Qué cosas tiene usted, Arturo!

ARTURO. No hablemos más. Vete á tus quehaceres. Cuando Esteban vuelva le dices lo convenido.

JUANA. Hasta luego.

ARTURO. Adios, ¡divina! (Váse Juana). Mañana á las cinco, fuga. Y ahora á preparar los bártulos del viaje. Una calaverada mas ¿qué importa al mundo? (Váse al hotel tarareando una canción cualquiera).

ESCENA QUINTA

ESTEBAN. (Viene por la carretera y se para en la puerta de la verja. No viendo á nadie en escena, silba de cierto modo para advertir á Juana que la está esperando. No saliendo nadie se adelanta hasta la escalinata del hotel y repite el silbido. Espera otro instante y no saliendo aun Juana, se sienta en la primera grada, y saca la petaca de la faja). ¡Estará ocupada!

JULIA. (Saliendo del grupo de árboles) Buenas noches, Esteban.

- ESTEBAN. (Levantándose precipítadamente) ¡La señorita!
(Se quita la boina) Muy buenas, señorita.
- JULIA. Cúbrase usted, Esteban.
- ESTEBAN. No señora, gracias.
- JULIA. Vamos, hombre: póngase la boina.
- ESTEBAN. (Cubriéndose) Muchas gracias.
- JULIA. Viene usted á hablar con Juanita, ¿eh?
- ESTEBAN. La costumbre, si señora: *custión* de pasar media hora.
- JULIA. Se deben de querer ustedes mucho.
- ESTEBAN. Anda, ¡ya lo creo! ¡la mar! Quisiera yo saber si habría algún hombre que conociese á la Juanita y no se amelonase por ella. ¡Es muy buena muchacha!
- JULIA. Según eso, usted debe de estar muy enamorado.
- ESTEBAN. (Demostrando rubor) Un poco, si señora.
- JULIA. (cambiando de entonación) ¿Es usted celoso?
- ESTEBAN. ¿Celoso?
- JULIA. Quiero decir que si sentiría usted.....
- ESTEBAN. (Interrumpiéndola) Si ya sé lo que quiere decir celoso; pero, vamos, que me *paice* que es muy buena la Juanita *pa* que llegara ese caso.
- JULIA. (Preparando la situación) ¿Qué caso?
- ESTEBAN. Toma; el de darme celos.
- JULIA. (Aparentando distracción.) Pues yo creía que sospechaba usted algo..... (cambiando de repente) ¡Ay! ¡Dios mío, que tonterías se dicen sin querer en esta vida!
- ESTEBAN. (Picado de curiosidad) Oiga, oiga usted señorita, ¿De qué sospechas.....
- JULIA. De ninguna, por Dios, ¡qué tonterías! Nada, nada, Esteban, ¡Por buena cosa iba yo ahora á meterle á usted en aprensión!
- ESTEBAN. Mire usted, señorita, haga el favor de explicarse, que siendo una tontería, como usted

dice, vale mas conocerla que no estar dudando de si será ó no será. Yó ya me figuro tambien que será una tontería; pero si se corta en un *prencipio* se evitan luego otras cosas.

JULIA.

Si no tiene importancia, señor.

ESTEBAN.

Si le digo á usted que la creo; pero que los que andamos toda la vida por el campo aprendemos ciertas cosas que ignoran los que no ponen los pies en él. Las personas y las plantas son lo mismo. La yerba mala desaparece pronto teniendo cuidao de arrancarla cuando asoma el tallo; pero, déjela usted viendo que es poca *cantidá* y á los quince días se ha *chupao* la sabia de las plantas buenas. Estas son las que mueren si se abandonan; pero las malas, las malas crecen como si las cuidase el diablo. Por eso le digo á usted que me diga lo de la Juana, para arrancar de raiz sus tonterías.

JULIA.

¡Si se empeña usted.....! Yo no quisiera que lo tomase en serio: realmente la cosa no merece la pena. ... Al fin es una niñería..... El señorito Arturo que es un chiquillo.....

ESTEBAN.

¡El señorito Arturo un chiquillo!.... Bueno, siga usted.

JULIA.

Si, el señorito Arturo, juguetón y amigo de chirigotas como todos los jóvenes, pues..... nada..... ¡si le digo á usted que es una niñería! (como quitando importancia á lo que dice, pero recalcando bien lo que pueda herir el corazón de Esteban) A veces, cuando está de humor, suele perseguir á Juanita por los pasillos como si jugaran al escondite; la corre hasta que la alcanza; y retozando como corderillos, unas veces luchan y forcejean abrazados hasta caer

al suelo; otras salen disparados por esa puerta (la del hotel) y se internan por este bosquecillo, siempre jugando; y ya rendidos, muchas veces se pasan por ahí las horas muertas hablando insulseces desde luego, y demostrando siempre lo que yo le digo á usted, que son unos niños.

ESTEBAN. (Secándose una lágrima con el dorso de la mano) ¿Podría bajar ahora mi novia?

JULIA. ¡Por Dios! Esteban! Ya siento haber hablado tal cosa. Nunca creí que un hombre pudiera llorar por eso.

ESTEBAN. (Avergonzado) ¿Llorar yo? No señora. Ha sido un poco polvo que me ha caído en el ojo.

JULIA. Algo así me figuraba yo. (con intención) ¿Y le escuece?

ESTEBAN. (Como si comprendiera la indirecta) Algo, si señora.

JULIA. (aparte) Este es mi hombre (á Esteban) Conque ¿aviso á Juanita que usted la espera?

ESTEBAN. Si, hágame usted ese favor.

JULIA. ¡Ah! Si hablan ustedes de esto, procurará no descubrirme.

ESTEBAN. Descuide usted.

JULIA. Vaya, hasta mañana, Esteban.

ESTEBAN. Adios, señorita.

JULIA. (aparte y mientras se va al hotel) ¡Pobre muchacho! y ¡pobre Arturo! ja ja ja! (vase)

ESCENA SEXTA.

ESTEBAN, (solo)

ESTEBAN. ¡El señorito!... ¡niñerías! ¡tonterías!... ¡Siempre he oído decir lo mismo de los señoritos! No *paice* sino que Dios ha querido que hasta

los *astos* de unos y otros se miren de distinta manera. Como si lo que hacemos nosotros fuera *intencionao* siempre y lo de ellos nunca..... ¡Niñerías!.... ¡Sil, niñería es el abrazar un hombre de treinta años á la criada que va á su casa á servirlo por diez pesetas miserables, como si esa mujer tuviese obligación por cantidad tan mezquina, de poner, no sólo los brazos al servicio de la casa, sino el cuerpo entero á disposición del «niño» para que se divierta con ella como si fuera un juguete de real y medio..... ¡Jugar!.... ¡Qué inocente es la palabra!... Pero señor: ¿no comprende ese hombre ó ese señorito, que esa mujer tiene conmigo un compromiso *sagrao*, como es *sagrada* la Virgen de la iglesia que todos la miran y nadie la toca; como es *sagrao* para el mundo entero lo que uno ha adquirido con honradez y á la luz del día? ¿O es que se ha *figurao* esta gente que los que no poseemos ni aun la tierra donde enterramos el sudor, no podemos mandar tampoco en el corazón de una mujer?... (transición) ¡Se terminó el discutir! ¡Los hombres del campo no hemos nacido para pensar. Nuestra misión se reduce á hundir el azadón en la tierra, á abrir continuamente surcos y hoyos donde sepultar las semillas, para que «ellos» se coman luego los frutos. «¡Ellos!» ¡También ellos cavan; pero es en el cieno para abrir fosas donde enterrar muchas honras!.... Ea, cada cual con su conciencia. (con energía). Hoy mismo haré yo que la Juanita se vaya lejos de esta casa, y luego, si el señorito la busca y quiere llevársela, será preciso que trate antes conmigo, y á mí me convence enseguida, y se la lleva..... si, ¡se la

lleva (la mano) marcada en la cara, como llevan los borregos la marca de fuego! (aparece Juana por la puerta del hotel.)

ESCENA SÉPTIMA.

ESTEBAN Y JUANA.

- JUANA. Te he hecho esperar, Esteban: ya me perdonarás.
- ESTEBAN. Noto que desde que estás en esta casa has aprendido mucha educación.
- JUANA. ¡Qué serio vienes hoy!
- ESTEBAN. Te equivocas de medio á medio. Hoy vengo más alegre que otros días. ¿Quiéres saber por qué?
- JUANA. Tus alegrías son siempre mías.
- ESTEBAN. Lo mismo me pasa á mi, y por eso estoy como ves.
- JUANA. ¿Sí?
- ESTEBAN. Como lo oyes. He sabido que tú pasas el día muy divertida, gozando mucho, ¡mucho! ¿me entiendes?
- JUANA. Yo.....
- ESTEBAN. Y como te quiero tanto, ¡tanto!, óyelo bien, que me importaría poco perder la vida si había de perderte á ti, pues, ¡que quieres!..... gozo porque tu gozas, y me río porque tu eres feliz. ¿No ves? me río de buena gana; no finjo la risa, no, y es que tengo necesidad de reirme, ¡mucha necesidad! Ya ves tu: si no soltara la carcajada, me ahogaría como si tuviese una pelota atravesada en la garganta.... ¡ya ves si es grandel! ¡ja ja ja ja! (nerviosamente.)
- JUANA. Esteban ¡por Dios! ¡Que me das miedo!
- ESTEBAN. (conteniéndose) ¿Eh? ¿que te doy miedo? ¡Qué

cosa más rara! ¿No me has dicho hace poco que mis alegrías son tuyas?

JUANA.

Sí, pero cuando son naturales: cuando te ries como todo el mundo; no como ahora; ¡pareces un loco!

ESTEBAN.

¡Y puede que esté! Y si estoy..... ¡tu tienes la culpa!

JUANA.

¿Yo?

ESTEBAN.

Sí, tu.

JUANA.

Pues ¿qué he hecho yo?

ESTEBAN.

¿Qué, qué has hecho?..... Nada. Teneis razón todos: son niñerías sin importancia que no merecen que las recordemos..... (Pausa) ¿Me quieres de verdad, Juanita?

JUANA.

¿Que si te quiero?

ESTEBAN.

(Con arrebató) ¿Por qué no has *contestao* ya que sí?

JUANA.

(asustada) ¡Jesús!

ESTEBAN.

Esta noche, ahora mismo, te vas á venir conmigo á casa de mi madre; me parece que será de tu confianza; la pobre te ha *llamao* «hija» muchas veces y allí te estás hasta que busques otra colocación más decente.....

JUANA.

(Reconviniéndole) ¡Esteban!

ESTEBAN.

¡Más decente he dicho! Ó hasta que nos casemos. A la que ha de ser mi mujer no le escatimo yo un mes ni un año de manutención anticipada..... Y en esto soy yo distinto de los señoritos..... Ellos no empiezan á dar algo hasta que no han *lograo* todo; y yo doy todo lo que tengo cuando no *me se ha pasao* aún por la cabeza la idea de lograr algo. ¡Mira tu si hay diferencia!

JUANA

¿Pero, de que estás hablando,? Esteban.

ESTEBAN.

De nada..... de que te vengas ahora mismo á casa de mi madre.

- JUANA. ¡Que me vaya!
- ESTEBAN. Digo, si quieres..... Y dispensa si me había *figurao* que podía mandar en ti.
- JUANA. Pero.....
- ESTEBAN. Ya se lo que vas á decirme: que por qué digo lo que digo,
- JUANA. Claro.
- ESTEBAN. Claro sí. ¡Pues por nada! Si te he de ser franco no puedo..... no sé explicarme.
- JUANA. Dispénsame Esteban; pero eso me parece un poco raro.
- ESTEBAN. Juana, para fingir la timidez se *nesecita* mucha tranquilidad; ya lo estoy viendo: porque si nó fingieras como lo haces, en vez de resistir con calma mis palabras y esperar á que yó diga lo que no me atrevo, me hubieras abierto tu el camino hace ya rato.
- JUANA. Si tienes tanta razón ¿porqué no te atreves?
- ESTEBAN. No encuentro hoy más que una contestación. ¡Porque te quiero mucho!
- JUANA. Razón mayor para atreverte. ¡Si conmigo no habías de tener confianza!....
- ESTEBAN. Y la tengo, pero nunca para ofenderte.
- JUANA. ¡Ofenderme!
- ESTEBAN. (con energía) Sí, Juana, si. Para hablarte con claridad, necesitaría empezar por dudar de tu buena fé, seguir echándote en cara verdades que te la pondrían del color del fuego y acabar, si me hacías frente y no te sonrojabas, por escupirte al rostro alguna de esas palabras que manchan los labios al salir de la boca..... ¡Y cómo quieres tú que yo me atreva á tanto, si sólo en pensar que podría decírtelo me dán ganas de morderme la lengua y arrojarte á los pies el pedazo para que lo pises!

- JUANA. Acabemos de una vez. Dices que no te atreves á hablar y me aconsejas que lo diga yo. Corriente. Sea quien quiera el que te ha enterado, no ha mentido.
- ESTEBAN. (con arranque de loco) ¡¡Eh!!
- JUANA. (arrepentida) Pero habrá exagerado.
- ESTEBAN. (atenazando la muñeca á Juana) Luego ¿es cierto que das cara al señorito?
- JUANA. ¡A qué negarlo si ya lo sabes!
- ESTEBAN. (sin soltar y más nervioso) ¡Juana!
- JUANA. ¡Fué una broma! (asustada)
- ESTEBAN. ¿Sabes que estás hablando conmigo?
- JUANA. ¡Suelta, me hieres el brazo!
- ESTEBAN. ¡Tú me has herido á mi en el alma!
- JUANA. (Desasiéndose violentamente) ¡Animal!
- ESTEBAN. ¿Aun me insultas? (con acento de amargura)
- JUANA. Tiene razón Arturo: los hombres del campo sois unos groseros.
- ESTEBAN. ¿Y eso lo ha dicho el señorito?
- JUANA. Si, Arturo lo ha dicho.
- ESTEBAN. ¡Arturo!..... ¡ya lo tuteas!..... (con acento amenazador) ¿Sabes tú lo que voy á hacer yo contigo y con Arturo? (llevándose las manos á la faja)
- JUANA. (Viendo la acción de Esteban) ¡Esteban! ¿qué haces?
- ESTEBAN. (Enseñando la faltriquera) No, no te asustes..... no llevo nada. Los hombres *honraos* aun siendo del campo dejan las armas en casa. ¿Lo ves? No llevo nada.
- JUANA. ¡Gracias, Dios mio!
- ESTEBAN. ¡Ah! no, no te alegres tan pronto. A Arturo dile que salga prevenido esta noche si tiene intenciones de salir.
- JUANA. No saldrá.
- ESTEBAN. Ja, ja ja! ¿Vas á retenerlo tu? ¡Di que si,

mujer!.... ¡Dilo! ¿Ves tu si quiero á mi madre? ¿ves si te quiero á ti?.... Pues por tu salud y la de mi madre ¡rompo yo esta noche los lazos que os unen al señorito y á tí aunque haya de pasar por el infierno para llegar donde esteis! (Se va por la puerta de la verja haciendo antes un mutis.)

JUANA. (Yendo hacia la verja) ¡Esteban! (llamando)
¡¡Esteban!!..... (Vuelve á escena) ¡Dios mío, ¿qué he hecho yo?.... ¡Jesus! si tiemblo como una azogada.... tengo miedo.... (corriendo hacia la puerta del hotel y llamando) ¡Arturo!.... ¡Arturo!.... Hice mal, muy mal en incomodarle. ¡Dios mío, que no vuelva!

ESCENA OCTAVA.

JUANA y ARTURO.

ARTURO. (Saliendo) ¿Qué te pasa mi vida?

JUANA. No lo sé, tengo miedo.

ARTURO. ¿Miedo, de qué?

JUANA. De Esteban.

ARTURO. ¿No lo has convencido?

JUANA. No, lo sabía todo.

ARTURO. (aparte) ¡Demonio!—¿Y qué ha dicho?

JUANA. Nó, aqui nó: puede venir. Há dicho que iba á volver.

ARTURO. Pero mujer, cálmate, estás nerviosa (fijándose en la muñeca de Juana) ¿Qué es esto? ¿qué señal es esta?

JUANA. Me la ha hecho Esteban.

ARTURO. ¡Pobrecilla! ¿Y era á ese hombre, á ese bruto al que querías unirte?.... ¿Lo ves Juana? Si ahora te maltrata, ¿qué no haría luego?

JUANA. Sí; pero ahora, no sé.... estoy muy azorada.... ahora creo que debía de tener razón.

- ARTURO. Juana! ¡tú desvarías! ¡Razón un hombre que ningun derecho tiene sobre ti. Calla, calla y no delires.
- JUANA. Si no deliro, Arturo. Al contrario..... no sé si es el miedo ó la conciencia..... ¿Nó llaman ustedes conciencia á esa especie de peso que se pone aquí, donde me dán estos latidos, cuando hace uno una mala acción?
- ARTURO. ¿Y á qué viene ahora eso?
- JUANA. Si no lo sé; pero creo que me tranquiliza ó me alegra el reconocer que tenía razón Esteban.
- ARTURO. Juana, créeme; no es ya tiempo de discutir locuras. Esteban en Logroño..... nosotros á Madrid..... Si nosotros somos felices, los demás ¿que nos importan?
- JUANA. (Abstraída) ¡Ay!
- ARTURO. ¿En qué piensas aun?
- JUANA. ¿Pensar?... en nada.
- ARTURO. ¿Entonces?
- JUANA. Es decir, sí, debo de pensar en algo.... Ve usted que rareza Arturo?... Hace unos instantes y estando los dos aquí, me imaginaba á medida que usted me hablaba, que Madrid como si fuera una nube de esas grandes y doradas que suelen verse en el cielo cuando el sol se oculta, venía poco á poco acercándose á donde nosotros hablábamos, y tanto más se aproximaba cuanto mejor describía usted Madrid y su vida dichosa. Ha llegado un instante en que he visto perfectamente que la nube nos envolvía; y nó se por que, efecto raro, deslumbrada sin duda por tan vivos reflejos, me he sentido sin fuerzas para desenvolverme, y he dicho: sí, Madrid con nosotros, á la Corte, al ruido..... Devaneos, Arturo, quimeras del momento.

ARTURO. Sigue....

JUANA. ¡Dios mío! Será debido á que me abrasa la fiebre pero es lo cierto que ahora.... ¿vé usted que cierro los ojos? pues así y todo veo deshacerse la nube de oro y apenas si queda allí, á lo lejos, un girón pequeño semejante á una cabeza que se ríe, como si pretendiera burlarse de mi credulidad.

ARTURO. Juana, no seas loca. Estás bajo la impresión dei disgusto que te ha causado Esteban, y eso es lo que tienes. Entremos al hotel y así que estés tranquila saldremos de Logroño que es lo que te conviene para recobrar la calma.

JUANA. Si, entremos, no venga Esteban.

ARTURO. (con incredulidad) Pero ¿tu crees que ha de atreverse á llegar hasta aquí?

JUANA. Lo creo capaz de cualquier cosa.

ARTURO. ¡Tontuela! Esteban es un hombre al fin y tiene reflexión. En esta vida, hermosa, aprenderás que los hombres llegan hasta donde empieza el sacrificio, y son pocos los que entran en esa esfera porque se eleva á la puerta, la valla del egoismo. Esteban antes que perderse, optará por conformarse. Después de todo, vida mía, Esteban debe de estar por su clase acostumbrado á los contratiempos, y el que tu le abandones implica en él menos que la pérdida de un jornal.

JUANA. Podrá ser cierto; pero no se le irá tan pronto la cólera.

ARTURO. Mejor para él: eso le hará ahondar más en la tierra con el azadón. De seguro, que mañana cava doble. (Riéndose)

JUANA. Calle usted ¡por Dios! y no bromea.

ARTURO. Entra, hermosa, entra. (Al ir á entrar al hotel, sale del mismo Julia que detiene á Arturo. Váse Juana)

ESCENA NOVENA.

ARTURO y JULIA.

JULIA. Dispénsame si he interrumpido el idilio; pero un asunto de la mayor gravedad me ha impulsado á hacerlo.

ARTURO. Te suplico la brevedad.

JULIA. (En tono de broma) Y yo el coche.

ARTURO. ¡Julia....!

JULIA. ¿Amas la vida? (Arturo se limita á hacer una mueca que lo mismo puede significar asombro, desprecio ó afirmación.) ¿A qué precio la comprarías si hubieras de perderla irremisiblemente.

ARTURO. ¡Irremisiblemente!

JULIA. Suponte que á Dios se le antojara esta noche privarte de ella, ¡Dios todo lo puede!

ARTURO. ¿Dios? ¡Bueno! Y aunque así fuera; ¿comercia Dios con la vida de los hombres para poder ofrecerles nada á cambio de la mía?

JULIA. Sea, pues, otro hombre el que haya de quitártela ¿Qué darías tu por impedirlo?

ARTURO. Y ¿á dónde conducen esas indagaciones?

JULIA. Ea, terminemos ¿Me has pedido brevedad? Vov á ser breve. De mí, oyelo bien, de mi voluntad..... Pero no, no. Antes necesito por última vez, convencerme de que es verdad que me odias tanto, que soy para tí tan poca cosa..... que prefieres anteponer las burdas y forzadas caricias de una criada seducida, á la pasión que me inspiras y que cien veces te he declarado venciendo mi natural orgullo y arrostrando la vergüenza de la humillación.

ARTURO. ¡Julia!

JULIA.

(con exaltación) Sí, Arturo, sí. Cien veces, á pesar de mi condición denigrante, he pensado con halagadora constancia, con esa constancia que suelen las vírgenes acariciar la idea del amor puro, he pensado en que había de llegar un día, un instante en mi vida, el en que tu me dirigieras una palabra de cariño, aunque fuera falsa, para quemar yo entonces en el fuego inmenso de mi alma las mezquindades y gusanos de mi corazón podrido. Soñaba, con el anhelo que sueña la madre en la vuelta del hijo, con las ansias del que lucha por la vida que se le escapa, con el deseo del mártir que busca la gloria, soñaba yo que había de llegar un día risueño y alegre que me brindara con la vida honrada, consumiendo en mi, como en el pecho de la Magdalena, toda idea de ludibrio y escarnio. Y no es, Arturo, que yo quiera compararme con aquella pecadora, porque yo no me siento afectada de santidad como ella. La Magdalena sintió amor á Dios y de Él esperaba todo. Yo seré más pequeña que la Magdalena; pero de tí espero mi salvación, ¡porque es á tí á quien amo!

ARTURO.

En verdad, Julia, que á no pedir imposibles, como pides, hubiera sido necesario rendirse á tu elocuente oración. De modo que, ¿tú crees, ó mejor dicho, sueñas con ser honrada?... Pues has dicho muy bien; porque eso, Julia, solo es un sueño.

JULIA.

¡Arturo! (Suplicante)

ARTURO.

Es la honra una mercancía que no se aviene con tratados de fiducia. Podrás recuperarla á los ojos de Dios, como la Magdalena que antes citabas; pero á los ojos de los hombres

aparecerás siempre, por arrepentida que te muestres, como el milano de la fábula. Será raro y antidivino si quieres; pero hija: son los hombres de tal condición, que aun sabiendo que Dios perdona, ellos ni siquiera olvidan.

JULIA. Y á mi ¿qué me importa de los hombres? ¿Tu, lo olvidarías tu?

ARTURO. Según y conforme.

JULIA. Si vieras en mi una abnegación sin límites, si me vieras sometida á ti, subyugada, dispuesta á cualquier sacrificio que me pidieses, pensando sólo en serte fiel ¿lo olvidarías?

ARTURO. Pero ¿y en qué condiciones?

JULIA. En las que tú quisieras. Para conciliarlo todo, bastaría tu voluntad, una palabra, un signo de asentimiento: y desde este instante, desde ahora mismo...., si me das palabra de abandonar á la criada.

ARTURO. (Con risa despreciativa) ¡Ja ja ja! Vive, Julia, vive con mi tío que te adora como el niño al pecho y no te acuerdes de mi para nada. Si con él teniendo esas ideas honradas ¡puedes ser muy dichosa!

JULIA. De modo que ¿desechas mis pretensiones?

ARTURO. En absoluto.

JULIA. ¡Qué puede pesarte!

ARTURO. Te habré dicho mil veces que me río de tus amenazas.

JULIA. Mira que no sabes donde puede llegar la mujer burlada y herida en su orgullo.

ARTURO. Ni me importa.

JULIA. ¡Esteban puede matarte!

ARTURO. (Lanzándose sobre Julia) ¿Eh! (aparece D. Andrés en este instante.)

ESCENA DÉCIMA.

DICHOS y D. ANDRÉS.

- ANDRÉS. ¡Julia, Julia, ¿qué es esto?
- JULIA. Nada. Este que está siempre en mi contra y se acalora en cuanto le hablo (hipócritamente)
- ANDRÉS. Vamos, déjale. Conociéndole no sé por qué has de hacerle caso. Dame el brazo y pasearemos un poco en la carretera. La noche está deliciosa. (Julia se agarra al brazo de D. Andrés y van juntos hacia la puerta de la verja.)
- JULIA. (Al pasar frente á Arturo y en voz baja) ¡Has de sentir en el alma el peso de tus desprecios! (Vánse por la puerta de la verja Andrés y Julia. Arturo se queda viéndolos desaparecer.)

ESCENA UNDÉCIMA.

ARTURO y JUANA (que sale del hotel precipitadamente.)

- JUANA. ¡Arturo! (Yendo hacia él.)
- ARTURO. ¿Has oído? (Recibiéndola.)
- JUANA. ¡Todo!
- ARTURO. ¿Y qué?
- JUANA. Te estoy agradecida, es cierto, por la preferencia que me das sobre esa mujer; pero yo no estoy tranquila. Puede volver Esteban y....
- ARTURO. ¡Siempre Esteban!..... Juana, si hemos de ser felices es preciso que olvides á ese hombre. Después de todo, de mi has de esperar la dicha. Esteban ó su recuerdo no podría hacer más que perturbarla..... ¿No te he dado buen ejemplo despreciando á Julia?
- JUANA. Es cierto Arturo.
- ARTURO. (con dulzura y fogosidad.) Ea, no quiero verte

afligida ni pesarosa. Disipa esa tristeza que empaña el brillo de tus ojos y empieza á soñar con el porvenir que te sonríe con la confianza del que está seguro de otorgar ventura y felicidad. El tiempo nos brinda con días alegres. Alejados de Logroño donde dejaremos olvidados los recuerdos, la vida no puede ser para nosotros más que un paraíso fecundo en placeres y un edén inacabable de encantos..... ¡Juana! Acojamos la vida que se nos depara, como acogen las ave-cillas la aurora del nuevo día. Seamos el ideal del amor poético; y si en el paroxismo del delirio contemplamos al mundo envi-diando nuestra suerte ¡respondámosle con trinos de ruiseñores y arrullos de palomos enamorados!

JUANA.

Ya empiezo á quererte, Arturo!

ARTURO.

¡Bendita seas, divina!(Júntanse en estrecho abrazo arrobándose con amor.)

ESCENA DUODÉCIMA.

DICHOS Y ESTEBAN (que durante el deliquio final ha estado contemplando á Arturo y Juana desde la puerta de la verja. Se encarga al talento del actor que interprete este personaje la estancia en escena mientras hablan Arturo y Juana.)

ESTEBAN.

(Soltando una carcajada nerviosa y brutal) ¡Ja, ja ja, ja! (Arturo y Juana se vuelven repentinamente)

JUANA.

¡Mi novio!

ESTEBAN.

(Sin dejar de reír) ¡Sí!

ARTURO.

¡Esteban!

ESTEBAN.

(Riendo aún, pero preparando la transición) ¡El mismo! Sigán ustedes..... ¿por qué se asustan?... ¡Mi novio!.... ¡Esteban!.... Nadie, se-

ñores, nadie; un pito, sí, porque no existe escritura que pruebe que la Juana es cosa mía.... (Avanzando hacia la Juana) ¿NÓ es cierto prenda?... Luego, si eres libre, y nada me debes ¿porqué te asustas? (La coje por un brazo y la zarandea con violencia.)

JUANA. (Asustada) ¡Arturo!

ESTEBAN. Muy bien, así me gusta: que haya quien te defienda.

JUANA. ¡¡Arturo!!

ARTURO. ¡Esteban! Cuando no se tiene derecho sobre una mujer debe respetarse.

ESTEBAN. (Quitándose la boina con burlesco respeto) Dispense usted señorito; pero me parece que si yo no tengo derecho, usted al menos tiene una obligación.

ARTURO. ¿Yo?

ESTEBAN. (Buscando querella) ¡Tú, sí! La obligación de arreglar conmigo una cuenta que no por ser reciente es menos sagrada.

ARTURO. Debieras empezar por tratarme con más consideración.

ESTEBAN. Gasto la misma que tú.

ARTURO. ¡Yo estoy en mi casa!

ESTEBAN. Y yo vengo aquí por lo mío. Y lo mío puedo cogerlo donde lo encuentre. Lo encuentro en tu casa no he de cogerlo de la del vecino.

ARTURO. En mi casa no tolero desvergüenzas de nadie. ¡Esa es la puerta!

ESTEBAN. ¿Quiéres que salga?... ¡Echame si puedes!!

ARTURO. ¿Me desafías?

ESTEBAN. Como quieras. (Se echa mano á la faja y saca un cuchillo.)

JUANA. (Interponiéndose) ¡Arturo!.... ¡Esteban!

ESTEBAN. ¡Quita de en medio mala hembra, que yo no ataco si no se defiende! (La empuja á un lado)

JUANA. ¡Dios mío! (Sale precipitadamente á la carrretera dando voces) ¡Auxilio! ¡Socorro! (Váse.)

ESCENA DÉCIMATERCIA.

ARTURO y ESTEBAN.

- ARTURO. En resumidas cuentas ¿qué quieres?
ESTEBAN. Lo mío.
ARTURO. Si lo tuyo es la Juana, llegaste tarde.
ESTEBAN. Tarde ó temprano, la Juana es mi vida; y mi vida no me la dejo quitar sin defenderme. Con que, mi Juana ó tu sangre. Nos la disputaremos sin embargo como hombres decentes: cara á cara. Podrás llevártela; pero cuando yo no pueda verlo. ¡Mientras pueda, no te la llevas!
ARTURO. De modo que ¿quiéres la lucha?
ESTEBAN. ¡Hasta la muerte!
ARTURO. Conformes. Espera un instante. No tengo arma. Voy por ella.
ESTEBAN. Menos mal, que eres valiente.

ESCENA DÉCIMAQUARTA.

ESTEBAN (solo).

¡La lucha! ¡La muerte! Santas palabras que acaban en un momento con el veneno de los celos. ¿Sufrir?... Luchar para ahogar el sufrimiento. ¿Morir?... ¡Bah! el que tiene razón no puede morir. Y aunque así fuera... Lo que pesa se arroja..... lo que estorba se tira. Después de todo para el *desgraciao* como yo, morir matando es una dicha que no la tienen todos.

ESCENA DÉCIMAQUINTA.

ESTEBAN y JUANA (que entra corriendo por la puerta de la verja).

JUANA. ¡Esteban!

- ESTEBAN. ¡Eh!
- JUANA. ¡Yo, soy yo, tu Juana!
- ESTEBAN. ¡Mi Juana! (Como sorprendido.)
- JUANA. Tu Juana, sí. ¿Puedes dudarlo? (Agarrándole el brazo.)
- ESTEBAN. ¡Mía, tu mía! (Casi acongojado)
- JUANA. ¡Sí, tuya!
- ESTEBAN. Quita, (Rechazándola) no puedo creerte.....
- JUANA. ¡Por tu madre, por el amor que me tienes!
- ESTEBAN. ¡No mientas, Juana!
- JUANA. Te juro que mi amor es tuyo. Dudé un instante alucinada por el oro que me ofrecía el señorito; pero ahora soy tuya ¿me entiendes? solo tuya. Tu cariño tiene para mí más valor que todo el oro del mundo.
- ESTEBAN. ¡Juanita!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y ARTURO (que baja armado con un cuchillo de caza.)

- ARTURO. Cuando quieras, Esteban.
- ESTEBAN. ¡Ah! ¡Eh! (Rechazando otra vez á Juana que ha vuelto á agarrarle el brazo) ¡Aparta he dicho!
- JUANA. ¡Un cuchillo! (Viendo el de Arturo.)
- ARTURO. Para romper ese lazo. (Señalando á Esteban.)
- JUANA. ¡Tu también! (Viendo la navaja de Esteban.)
- ESTEBAN. Para cortar ese nudo.
- JUANA. (Con impetuoso arranque) ¡Nunca!
- ARTURO. ¡Vete, por el amor que te tengo!
- JUANA. Desprecio ese cariño.
- ARTURO. ¿Eh?
- ESTEBAN. ¡Ah! ¡Lo desprecias!
- JUANA. Sí ¡mi Esteban, sólo mi Esteban! (Abrazándose á él.)
- ARTURO. ¡Corazón voluble!

- ESTEBAN. ¡A mi, sólo á mi! ¡Repítelo! que lo oíga otra vez. Que se convenza ese señorito! (empujándola hacia Arturo.)
- JUANA. ¡Mi Esteban, sólo mi Esteban!
- ARTURO. (Tirando el cuchillo.) ¡Corazón de mujer!
- ESTEBAN. ¡Ah! Arrojas el arma!
- ARTURO. Ya lo ves. (Con indiferencia).
- ESTEBAN. Si, ya lo veo. (á Juana). Y tú, convéncete para siempre. Mira la *diferencia*. El riojano que quiere, solo tira el arma cuando la muerte se la arranca de la mano.
- JUANA. ¡Esteban!
- ESTEBAN. No, si yo también la arrojo. No ves que me estorba para abrazarte! (Tira el cuchillo y se abrazan.)

CAE EL TELÓN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡SÓLO ÉL! Monólogo en verso.

CITAS FRUSTRADAS, Sainete en un acto y en verso.

EL PARIENTE DE RICLA, Juguete cómico-lírico en un acto, música del maestro Hipólito Rodríguez.

VIDA NUEVA, Solución político rural, en un acto y cinco cuadros, en prosa.

EL RIOJANO, Ensayo dramático en un acto y en prosa.



